

“Le temps au féminin”. Aproximación a la vida cotidiana femenina a través de los textos medievales

M^a Jesús Salinero Cascante
Universidad de La Rioja

Georges Duby sostiene que la Edad Media es masculina (Duby: 1998) y, en efecto, la sociedad feudal se construye sobre el modelo patriarcal que extiende su dominio sobre todos los órdenes de la vida social; a esta hegemonía no escapa la categoría del tiempo. La mujer (hija, esposa) vive un tiempo definido por el modelo masculino y subordinado a éste. Por lo tanto, en la Edad Media impera “un sistema de géneros que asigna a las mujeres la tarea de dar la medida complementaria del tiempo masculino” (Rivera: 1994: 111); un tiempo que ellas ni controlan ni autogobiernan y que viven en función de los usos y costumbres que la norma social les asigna.

Esta realidad es irrefutable y la mujer suele distribuir su tiempo en tareas que varían según su situación social y estado. Por lo general, tiene asignado un espacio propio, el hogar; ese es su territorio y allí se desenvuelve en tareas tradicionalmente femeninas. También la mujer, en circunstancias especiales, vive un tiempo social que podríamos calificar de “feliz” en el que se solaza: reuniones, fiestas, charlas con otras mujeres, asistencia a torneos, etc. En la mayoría de estas ocasiones comparte este tiempo con el hombre, de hecho, se trata de actividades ideadas por el sistema.

Ante todo lo expuesto cabe preguntarse si existe un tiempo exclusivamente femenino, ideado por la mujer y para la mujer; un tiempo en el que ella afirme su otredad siendo distinto, sino opuesto, al tiempo masculino. Para responder a esta pregunta revisaremos textos narrativos del siglo XII y tendremos en cuenta tratados medievales dirigidos a la educación de las mujeres. No se trata de un análisis exhaustivo, sino más bien de una aproximación al tema de la identidad femenina a través de uno de los muchos e importantes aspectos que pueden ayudar a comprender la historia de las mujeres. Nuestro estudio se centra en el comienzo de la era occidental; el eslabón medieval resulta decisivo para centrar el punto de partida en el recorrido histórico de la libertad femenina. Es por ello que hemos ele-

gido como materia de análisis la literatura cortesana, aristocrática y guerrera (siglo XII) que surge en el seno de la sociedad feudal. Una concepción social tan férreamente masculina nos permitirá juzgar con mayor rigor el tratamiento y valoración que se hace de la femineidad en general y del tema que nos ocupa en particular.

Como método de trabajo analizaremos el universo femenino dentro del contexto profano y desde tres enfoques diferentes: el tiempo femenino tradicional, el tiempo femenino en la dominante masculina, es decir, el tiempo masculinamente definido como propio de las mujeres y el tiempo femenino en la dominante femenina.

1. En el primer caso, *el tiempo femenino tradicional* es por excelencia el “tiempo doméstico”, una herencia que remonta a los albores de la humanidad y que la mujer recibe o asume en el marco de sociedades cimentadas en el *patros*. De hecho, el hogar y las tareas familiares parecen inherentes a la naturaleza femenina dado que nadie, ni la propia mujer las cuestiona. Recordemos que Christine de Pisan en las dos obras que escribe con carácter didáctico, el *Livre des Trois Vertus* (Pisan:1989) y el de la *Cité des Dames* (Pisan:1975), aconseja a las mujeres de su época ser modelos de esposa¹ y madre: este parece ser el estado ideal de la mujer en la sociedad tradicional. Christine habla del matrimonio como estado que salvaguarda a la mujer de los infortunios que se ciernen sobre ella cuando debe desenvolverse sola sin la protección de un esposo, en un mundo masculino (Du Castel:1972). El pensamiento de Christine en este campo nos aporta la mirada femenina en un mundo masculino, enfoque que marca la diferencia con otros tratados de igual carácter didáctico dirigidos a la educación de las mujeres, como el *Livre du chevalier de la Tour Landry*, el del *Menagier de Paris* y el de *Castigos y doctrinas que vn sabio daua a sus hijas* de un autor anónimo castellano (*Castigos*: 1878)². Christine se erige a través de sus numerosos escritos en defensora del sexo femenino tan reiterada e injustamente atacado por autores y pensadores misóginos. Sin embargo, esta mujer excepcional no sólo acepta el modelo heredado, sino que incluso parece defenderlo cuando dice:

Le premier de ces .VII. poins et rigles que nous enseignons est que toute dame qui aime honneur, et semblablement toute femme estant en ordre de mariage, il apertient que elle aime son mary et vive en paix avec lui, ou autrement elle a ja trouvéz les tourmens d'enfer, [...]. (Pisan, 1959-66b: I, 13, 16-20).

1. Si bien desaconseja el matrimonio a las viudas cuando “povreté ne les y contraint” ya que “pourroit sembler a aucunes gens que donques seroit leur meilleur que toutes se remariassent [...] s’il estoit ainsi qu’en la vie de mariage eust tout repos et paix, vrayement seroit sens a femme de s’i rebouter, mais parce que on voit out le contraire, le doit moult ressoigner toute femme” (Pisan, 1959-66b: III, 4, 136-138).

2. Estas obras se consagran a la educación de las hijas o de las esposas para que sepan cómo obtener un buen marido o cómo mantenerlo. Sin embargo, en el *Livre des Trois Vertus*, Christine revisa la educación de la mujer en todas sus etapas.

Desde luego Christine habla desde su experiencia personal de mujer felizmente casada, con un marido que la colma de amor y ternura³; sin embargo, dado que el matrimonio es la célula social fundamental en la Edad Media, quizá debamos considerar esta enseñanza como una “receta” dirigida a la mujeres para evitar el fracaso en la convivencia conyugal, sobre todo, teniendo en cuenta que éste debía ser frecuente en una sociedad en la que los matrimonios son en su mayor parte concertados y las parejas se casan sin amor. De esta realidad dan buena cuenta una serie de obras que surgen a finales de la Edad Media denigrando la institución matrimonial y criticando a la esposa. Es el caso de las *Lamentations* de Matheolus, *Le miroir de mariage* y *Les quinze joies de mariage*, “joies”, a las que parece aludir la propia Christine cuando habla de los “tormentos del infierno”, pues como mujer de su tiempo sabe de la crueldad de los maridos cuando sus mujeres les hacen frente. Además, en el *Livre des Trois Vertus*, Christine trata de establecer las reglas que deben seguir las mujeres para entrar en el juego social (utilidad, trabajo, disciplina, virtudes) y lograr un espacio y reconocimiento propios, tal y como había reflejado antes en su *Cité des Dames*.

Así pues, la autora señala las labores en las que la mujer debe ocuparse y observamos que el tiempo doméstico se define por el trabajo continuo (la ociosidad es mal entendida) y la supervisión de todas las tareas.

Cette sage mainagiere, avec ce que dit est, sera soigneuse de lever matin, et quant elle aura ouÿ la messe et dictes ses devociions, retournee en son hostel commandera a ses gens ce que besoing sera, puis se prendra a faire aucunes bonne œuvre, ou a filer, ou a coudre, ou a quelque autre chose. Et quant ses chamberieres auront fait leur mainage, vouldra que semblablement facent: ne filles ne femmes ne elle meismes ne vouldra veoir ne souffrir nulle heure oiseuse [...]. (Pisan, 1959-66b: III, 1, 188).

El papel principal que se le asigna a la mujer en la Edad Media es, como hemos dicho, el de ocuparse de su familia y de su hogar; sin embargo, la literatura cortesana al centrarse en la elite aristocrática no muestra demasiados ejemplos de doncellas y damas ocupadas en las tareas “propias de su sexo”, más bien desde su posición de privilegio ellas dirigen y organizan el hogar y esto en el mejor de los casos porque, como señala Margareth Wade (1989: 62), la dama super protegida desde que nace e instruida insuficientemente no ha recibido la

3. En *Le Livre de la Mutation de Fortune* Christine manifiesta abiertamente su felicidad matrimonial:

Douce chose est, que mariage!
Je le peux bien, par moi, prouver.
Voire! A qui mari bon et sage
Ai, comme Dieu m’a fait trouver
Loué en soit-il! [...]
Et certes, le doux m’aime bien.

educación necesaria para llevar su hogar. No obstante, vemos a Enide y a su madre trabajando en el obrador de la casa en un trabajo que no se especifica pero que parece estar en concordancia con la pobreza del valvasor (Chrétien, 1978: 397-400), de ahí, posiblemente la mención explícita al trabajo doméstico y al hecho de que la propia hija cuide del caballo de Erec, siendo esta una tarea propia de los caballerizos:

“Bele douce fille, prenez
 ce cheval et si le menez
 an cele estable avoec les miens;
 gardez qu’il ne li faille riens:
 ostez li la sele et le frein,
 si li donez aveinne et le fein;
 conreez le et estrilliez
 si qu’il soit bien aparelliez”.
 La pucele prant le cheval,
 si li deslace le peitral,
 le frain et la sele li oste.
 Or a li chevax molt boen oste; [...] (vv. 451 y ss).

Más adelante también se ocupa del caballero, a instancias de su padre: “- Ma fille chiere, / prenez par la main ce seignor, / si li portez molt grant enor.” / La pucele ne tarda plus, / par la main l’an mainne leissus, / qu’ele n’estoit mie vilainne; (vv. 470-4). En cuanto a la madre de Enide, ella se ocupa de preparar la casa adecuadamente: “La dame an ert devant alee, / qui la meison ot atornee; / coutes porpointes et tapiz, / ot estanduz par sor les liz / ou il se sont asis tuit troi” (vv. 477-81); y, mientras los tres conversan, se sobreentiende que ella está en la cocina preparándolo todo.

De todos modos, el caso de Enide no es único; si recibir y albergar a los caballeros que buscan hospedaje es una tarea masculina, en la novela cortés las damas y, sobre todo, las doncellas se ocupan también de estos menesteres. Entonces, el narrador suele insistir en la atención que estas anfitrionas dispensan a sus huéspedes como sucede en *Le chevalier de la charrette* cuando una doncella ofrece a Lancelot su castillo en el que todo, hasta el más mínimo detalle, está dispuesto para agradar al caballero: siguiendo los usos de la etiqueta cortés se prodiga cuidados al caballo, se desarma al caballero y se le ofrece un manto confortable y una jofaina con agua tibia para lavarse las manos, por último, se le sienta a una mesa donde bebidas y manjares exquisitos restaurarán sus fuerzas (Chrétien, 1975-b: 980 y ss).

Otras tareas a las que la dama dedica su tiempo son coser, bordar, hilar y tejer; aunque no abundan los ejemplos, vemos a Soredamors en *Cligès* cosiendo una camisa a Alexandre (Chrétien, 1975-a: 1144 y ss.). Esta labor femenina liviana y gratificante para la casta aristocrática puede convertirse en un trabajo agota-

dor para un “proletariado”⁴ femenino miserable que es explotado y obligado a trabajar de sol a sol en una situación próxima a la esclavitud. La novela cortesana no siempre sensible con la dura realidad de la condición femenina presenta, sin embargo, un testimonio conmovedor cuando Chrétien pone en boca de una tejedora esta canción:

“ [...] toz jorz dras de soie tistrons,
ne ja n'en serons mialz vestues;
toz jorz serons povres et nues,
et toz jorz fain et soif avrons;
ja tant chevir ne nos savrons
que mialz en aiens a mangier.
Del pain avons a grant dongier
au main petit, et au soir mains,
que ja de l'uevre de noz mains
n'avra chascune por son vivre
que quatre deniers de la livre;
et de ce ne poons nos pas
assez avoir viande et dras
car qui gaaigne la semainne
vint solz n'est mie fors de painne.
Mes bien sachiez vos a estros
que il n'i a celi de nos
qui ne gaaint cinc solz ou plus.
De ce seroit riches uns dus!
Et nos somes ci an poverte,
s'est riches de nostre desserte
cil por cui nos nos traveillons.
Des nuiz grant partie veillons
et toz les jorz por gaaignier,
qu'il nos menace a mahaaignier
des manbres, quant nos reposons;...” (Chrétien, 1982: 5292-5317)

2. *El tiempo bajo la dominante masculina* es el tiempo en el que se permite a la mujer entrar a formar parte del universo feudal a través de actividades concretas vinculadas con el mundo guerrero y de otras que han sido igualmente definidas y reguladas para ellas como propias de su sexo.

Una de estas actividades es la de curar y la imagen de la mujer sanadora aparece de manera recurrente en la literatura cortés⁵. En el mundo violento de la

4. La prosperidad económica que disfrutaban en el siglo XII ciertas regiones del norte de Francia (Champaña, Borgoña, etc.) se aprecia en una pre-industrialización de ciertos oficios, especialmente del textil.

5. Es frecuente en la Edad Media, sobre todo en la Alta, que la mujer cure y practique la medicina: médicas (miresses), curanderas, sabias, comadronas y barberas. Por su habilidad práctica eran muy respetadas y populares entre sus pacientes.

caballería, los encuentros sangrientos y las batallas son frecuentes y los maltrechos caballeros deben curar sus heridas. Es entonces cuando se acude a la mujer (raramente a lo galenos) que parece dominar el arte de sanar. “La mujer que dirigía una casa, fuera cual fuera su tamaño o importancia, parece haber sido responsable de la salud de los que entraban dentro de su esfera de influencia [...] Formaba parte aceptada de la educación de una dama noble saber tratar las heridas, los huesos rotos o dislocados y los golpes graves con que los hombres de su casa podían regresar de las guerras, torneos o enérgicas cacerías” (Wade:1989: 217-8). En *Erec et Enide*, Erec herido en combate es confiado al cuidado de las hermanas de Guivret:

Erec an eles se fia,
 car celes molt l’aseürent.
 Premiers, la morte char osterent,
 puis mistrent sus antrait et tante;
 a lui garir ont grant antante,
 et celes, qui molt an savoient,
 sovant ses plaies li lavoient
 et remetoient l’antrait sus.
 Chascun jor catre foiz ou plus
 le feisoient mangier et boivre,
 sel gardoient d’ail et de poivre; (Chrétien, 1978: 5156-66).

Las mujeres que conocen el arte de curar, saben la dieta alimenticia que hay que seguir o evitar, dispensan ungüentos y pócimas curativas que aplican sabiamente; a estas virtudes asocian tratamientos con baños calientes y masajes⁶ que ayudan a restablecer los cuerpos duramente castigados o heridos. Los ejemplos de caballeros que reciben estos cuidados son numerosos, entre ellos, Tristán (Iseo madre cura la herida ponzoñosa y mortal de Tristán, mientras que Iseo hija vela y cuida al convaleciente), Yvain (“sel baignent, et son chief li levant”)⁷ y Lancelot en el que la regeneración física aparece ligada a una renovación espiritual porque el cuerpo es espejo del alma⁸. Lancelot, tras su encierro en la torre donde ha permanecido largo tiempo prisionero, presenta un estado lamentable: desnutrido a causa de una alimentación pobre e insuficiente (agua turbia y pan duro de centeno)⁹, roñoso por falta de higiene y tambaleante por falta de espacio y de aire. En estas con-

6. La hidroterapia junto con la higiene, el ejercicio y la alimentación adecuada constituyen, según los médicos medievales, un régimen de vida que mantiene la salud de los sanos y ayuda a la curación de los enfermos. Sobre este tema remitimos a M. T. Lorcin, 1985: 259-273.

7. Chrétien, 1982: 3130.

8. La belleza es la irradiación de la luz interior; es decir, una criatura es bella cuando la luz del espíritu brilla en ella: “quando lucem mentis simulacrum corporis excipit et difundit per membre et sensus”. (De Bruyne, 1963: II).

9. Chrétien, 1975: 6.659-67.

diciones lo libera la hermana de Méléagant y lo conduce a su castillo donde le prodigará cuidados y curas: lo acuesta en una buena cama, le hace tomar numerosos baños y le da masaje con suavidad; le depara, en fin, tantos cuidados (“pucele le conroi / si très bien”) que lo sanará (“n’est mes roigneus n’esgeünez / mes forz, et biax”, 6.671-2) devolviéndole no ya su antiguo esplendor físico, sino una fuerza y belleza superior que lo asimila al ángel (“or n’est mie moins biax d’un ange”, v. 6670), a un *miles christi*.

En ocasiones, la literatura nos deja constancia de que la mujer no siempre sana con procedimientos naturales, a veces utiliza pócimas y ungüentos mágicos como el de Morgana que devuelve la cordura a un Yvain afectado de locura; también son maestras en venenos mostrando en estos casos su poder e, incluso, su lado más oscuro y temible. Magas son las dos Iseos, madre e hija¹⁰, que fabrican un veneno mortal con el que emponzoñan la espada del Morhol que hiere a Tristán, curándole después. También son las mujeres las que con filtros amorosos se aseguran del buen funcionamiento de la institución matrimonial (Iseo madre busca con el bebedizo amoroso afianzar una unión, la de su hija con Marco, que atenta contra la ley natural). La mujer también puede con la fuerza de su amor salvar o recuperar milagrosamente al caballero curándole el cuerpo y el alma (Guigemar). La historia de *Aucassin et Nicolette* exagera el poder curativo de la mujer al curar Nicolette a Aucassin casi instantáneamente (1982: XXVI, 16-31).

Sea por el procedimiento que fuere, lo cierto es que la mujer asume un papel beneficioso dentro de la sociedad guerrera prodigando cuidados con cariño y mimo; curando y restaurando la fuerza del guerrero; haciéndolo de nuevo útil para el combate; recuperándolo, por lo tanto, para el universo feudal. Pero quizá lo más importante es que esta actividad que la mujer desarrolla en un mundo masculino le sirve de contrapunto positivo frente a la misoginia que impera en la época, contribuyendo así a rehabilitar su maltrecha imagen; imagen que forma parte de un imaginario femenino en el que se dan cita la mujer bienhechora y nutricia, la intimidad reconfortante y cálida frente al universo agresivo y frío de la caballería.

Aunque el espacio femenino por excelencia es la casa, la mujer en ocasiones concretas lo transciende para penetrar en espacios propios de la actividad caballeresca. Se trata, evidentemente, de casos excepcionales de los que la literatura nos ha dejado constancia. Nos referimos al hecho de que una dama o doncella acompañe al caballero en su andadura errática o a la presencia femenina en los torneos. El primer caso tiene lugar cuando los caballeros rompen con la norma de enfrentarse en solitario a la aventura por razones poderosas. Erec obliga a su

10. La medicina, la cirugía y demás formas curativas eran consideradas un arte y como tal practicado como un oficio artesano que se aprendía muchas veces en la familia: el padre o la madre transmitían el conocimiento al hijo o la hija, el maestro al aprendiz, etc.; es decir, se seguía la misma tradición que los oficios artesanales.

mujer Enide a seguirle para que sea testigo de la recuperación de su honor perdido; recordemos que Erec abandona tras su boda con Enide el ejercicio de la caballería siendo acusado por sus compañeros de “recreant” (v. 2551). También puede suceder que sea la doncella la que obligue al caballero a acompañarla invocando la costumbre cortés que lo requiere (Chrétien:1975-b: 1294 y ss.). En *Le Conte du Graal* (Chrétien:1979) encontramos otros dos ejemplos: la doncella que acompaña al Orgullosos de la Landa (vv. 609 y ss.; 3677 y ss.) y la doncella que Perceval encuentra junto a su amigo muerto y que no es otra que su prima (vv. 3419 y ss.). Todo indica que la mujer aprovecha la ocasión de romper su confinamiento y salir a espacios abiertos con la protección de un caballero, a cambio ella le ofrece el beneficio de su compañía (la doncella que acompaña a Lancelot le informa sobre la propietaria del peine abandonado en la fuente), revaloriza su aventura (el Orgullosos y el propio Erec en la lucha por el “épervier”) y le auxilia en situaciones dramáticas (Enide avisa continuamente a Erec de los peligros que les acechan y la prima de Perceval permanecerá a lado de su amigo hasta que muera).

Los combates cuerpo a cuerpo y los torneos representan la actividad guerrera de mayor relieve social ya que congregan a numeroso público, especialmente público femenino. En este espectáculo lúdico-guerrero, la mujer asume un papel fundamental: realzar con su presencia las cualidades viriles que se ponen en liza y al mismo tiempo servir de elemento decorativo. La presencia de la reina Guenièvre en el combate que Lancelot mantiene contra Méléagant servirá al primero para recobrar su valor y su fuerza. Pero los torneos cumplen además una función social importante: este juego guerrero sirve de escaparate en el que se muestran las mejores ofertas del mundo de la caballería con vistas al mercado matrimonial; es la mejor manera de evidenciar los valores masculinos. Los torneos, inscritos dentro del mundo cortesano con sus normas y virtudes específicas, pretendían dar salida a los varones célibes, ardientes y apasionados que aspiraban a mejorar su posición social por medio de una buena boda (Duby: 1964). Entendido así, el torneo sirve a la mujer para elegir su futuro marido, saliendo de su pasividad habitual (aunque lo normal es que sea el padre el que decida por ella en función del beneficio económico de tierras, fortuna, alianzas, etc.), si bien se convierte, al mismo tiempo, en cebo, en carnada, de este mercado matrimonial. El mejor ejemplo literario del tema aparece en *Le chevalier de la charrette*. El torneo de Noauz, en el que se da cita lo más renombrado de la caballería mundial, tiene un fin claro: las doncellas casaderas que han permanecido solteras durante la ausencia de la reina reclaman ahora su derecho a casarse y elegir marido.

[...] li dameisel, les dameiseles,
qui desconseilliees estoient,
et distrent qu’eles se voldroient
marïer molt prochienemant,
s’anpristrent a cel parlemant

une ahatine et un tornoi.
[...] De cels qui le feront noauz
ne tandront parole de rien,
mes de ces qui le feront bien
dient que les voldront amer; (Chrétien, 1975b: 5359 y ss.).

3. *El tiempo femenino en la dominante femenina* es el tiempo vivido por la mujer sin herencias ni imposiciones; es el tiempo que ella controla decidiendo dónde y cómo vivirlo, siendo, por lo tanto, ella misma. Verdaderamente, este tiempo aparece muy limitado en la época medieval en la que “no sólo se degrada la imagen teológica de la mujer, sino su papel en la sociedad” (P. L’Hermitte-Leclercq: 1994: 248). El empleo del tiempo de la mujer dice mucho del lugar que ella ocupa en la sociedad y, como ya hemos comentado, la mujer queda relegada a un segundo plano donde casi nunca se les pide opinión y sí, en cambio, se les impone un papel: esposa y madre; un marco funcional limitado en exceso. Sin embargo, y a pesar de todo, las mujeres buscarán espacios propios, lugares de encuentro donde afirmar su femineidad y personalidad disfrutando al mismo tiempo de la vida.

La mujer comienza por dedicarse un tiempo a sí misma, es decir, a su aseo y a su arreglo personal para estar bella, para sentirse bien y para ser admirada en los lugares de encuentro social¹¹: en *Erec* se nos dice que las damas se arreglan en sus habitaciones (v. 360). Engalanadas, hermosas y corteses participan en actividades lúdicas como fiestas populares (coger la flor de mayo) o cortesanas (reuniones, festines¹²), bailando, jugando y divirtiéndose con jóvenes caballeros:

[...] an cele pree avoit puceles
et chevaliers et dameiseles,
qui jooient a plusor jeus,
por ce que biax estoit li leus.
[...] li autre, qui iluec estoient,
redemenoient lor anfances,
baules, et quaroles, et dances;
et chantent et tunbent et saillent,
et au luitier se retravaillent. (Chrétien, 1975b: 1635 y ss.).

Se deleitan con la música de un trovador que les canta junto al ventanal haciéndolas soñar con amores imposibles o con un tiempo mejor, y suelen tam-

11. Y lo hace a pesar de las duras críticas que elevan los tratadistas morales y los Padres de la Iglesia contra el arreglo personal de las mujeres. Ellos consideran el embellecimiento femenino como fuente de perturbación y de tentación para el hombre que, débil, acaba cayendo en el pecado de la carne.

12. De hecho, la mayoría de los relatos artúricos comienzan con un festín en el que se dan cita numerosas damas y doncellas.

bién gustar de la conversación, cuyo arte parece dominar tal como lo reflejan los textos: en *Le Chevalier au Lion*, la reina Guenièvre conversa tras el festín con un grupo de caballeros (vv. 61 y ss.), y posteriormente Calogrenant e Yvain disfrutarán de la agradable conversación que les brindará la hija de su anfitrión:

[...] une pucele bele et gente...
 Et ele me mena seoir
 el plus bel praellet del monde ...
 La la trovai si afeitiee,
 si bien parlant, si anseigniee,
 de tel solaz et de tel estre,
 que molt m'i delitoit a estre,
 ne ja mes por nul estovoir
 ne m'an queïse remouvoir; (Chrétien, 1982: 225-244).

En la vida real las mujeres no tienen muchas oportunidades de hablar y de ser escuchadas, de hecho, casi nunca hablan, aunque tienen muchas e importantes cosas que decir, como afirmará siglos después Christine de Pisan. La mujer medieval es, parafraseando a Ruiz Doménec (1986), la *mujer que mira* desde su rincón y desde el ventanal; por lo tanto, si social y políticamente no es escuchada, su conversación se orienta al contexto de sus atribuciones familiares y fuera de él se inscribe dentro del marco del galanteo y del juego amoroso y cortesano que introduce la *fin'amors*¹³. Juego en el que voluntariamente participará la dama

13. A partir del último tercio del siglo XII la literatura cortés comienza a reafirmar la presencia femenina dentro del mundo masculino. Desde lo alto de la torre o desde la ventana, la mujer se muestra a los caballeros en todo su esplendor y alteridad y su visión los cautiva (Lancelot cuando contempla a la reina Guenièvre: “Qant Lanceloz... voit a mont / la chose de trestot le mont / que plus desirroit a veoir, / ... ne se torna ne ne se mut / de vers li ses ialz ne sa chiere, / einz se desfandoit par derriere” Chrétien: 1975-b: 3669 y ss.) y maravilla (Ginglain cuando ve en el palacio a la doncella de las ‘Blancas Manos’: “Onques nus hom ne vit si bieles / ...Ceste ne trove sa pabelle, / tant estoit bieles a grant merveille ...” Le Beau Inconnu: 1983: 1.932 y ss.). Por su parte, la dama observa desde su posición privilegiada el mundo caballeresco y, mientras habla de las proezas de los caballeros con sus compañeras de ventaneo, sigue con la mirada al apuesto y valeroso joven que ha conquistado su corazón (Fénice mira a Cligès durante el combate que mantiene con el duque de Saxe: “Cele qui d’Amors iert dontee / ... a une fenestre est assise / ...par la fenestre esgarde hors / les escuz ou reluist li ors... / mais son pansé et son esgart / a trestot mis a une part / ... A Clygés esgarder estrive, / sel siust des ialz, quel part qu’il aille.” Chrétien: 1975-a: 2852 y ss.). Juego de miradas, miradas que se funden al fin en un deseo mutuo que armoniza por primera vez lo masculino y lo femenino en un juego dual:

Mes Clygés par amors conduit
 Vers li ses ialz covertemant
 Et ramainne si sagemant
 Que a l’aler ne au venir
 Ne l’an puet an por fol tenir,
 Mes deboneiremant l’esgarde,
 Et de ce ne se prenent garde
 Que la pucele a droit li change.
 Par boene amor, non par losange,
 Ses ialz li baille et prant les suens. (Chrétien, 1975 a: 2760 y ss).

(domna) para salir de su ostracismo, para disfrutar de su derecho legítimo a divertirse, a ser amada y a elegir libremente a quién amar. Y aunque DUBY (1988 y 1994) tiene razón cuando afirma que la *fin'amors* no pretendía subvertir la relación jerárquica que subordina lo femenino a lo masculino y que sus juegos “apuntaban ante todo a realzar los valores de la virilidad” (1994: 314) siendo la mujer una pieza clave en un juego ideado por el hombre para su propio disfrute, lo cierto es que la dama será la gran beneficiaria de este sistema amoroso¹⁴ que le permite una autonomía sentimental y una supremacía social y moral, además de ser objeto de la máxima apreciación masculina, ella que ha sido secularmente vilipendiada por el sexo fuerte.

La hegemonía de la dama en el juego amoroso tiene a veces su réplica en la vida política y social cuando, por circunstancias excepcionales o de necesidad (la ausencia del marido), la dama debe gobernar un territorio y ponerse al frente del feudo familiar. Se trata de señoras con gran fortaleza de espíritu y buenas dotes administrativas que asumen un papel destinado por derecho al hombre (marido, padre, hermano). Son mujeres que gobiernan *virilmente* pero sin perder sus valores femeninos¹⁵. Hay, por lo tanto, una transposición de poderes que las convierte en mujeres privilegiadas que disfrutan de un tiempo de libertad fuera del alcance hegemónico masculino; algo verdaderamente importante si tenemos en cuenta que se trata de una época en la que la mujer acepta y se somete a la autoridad masculina sin cuestionarla pues se les ha enseñado a ser pasivas. Recordemos a grandes damas como Aliénor de Aquitaine, Ermengarde de Narbonne, Adèle de Blois y Marie de Bourgogne entre otras.

Dicho esto, también es cierto que cuando una dama o doncella se encuentra en esta situación suele tener problemas para desenvolverse por sí sola en el mundo feudal; de hecho, ellas mismas y sus territorios se convierten en apetecible cebo para la rapiña de los señores de la guerra. Esta situación es la que con frecuencia encontramos en los textos medievales. Basten dos ejemplos. La bella Blanche-flor, doncella huérfana, será asediada por las tropas de su vecino Clamadeu de las Ínsulas (*Graal*: 1721 y ss) y Laudine necesitará a un caballero, a un esposo, para defenderla y mantener la costumbre de su fuente. Así lo expone el senescal de la dama:

14. “En la Alta sociedad, el amor cortés sirvió también para educar a las mujeres, reprimir o anular lo que en ellas resultaba inquietante, encerrando su “nocividad” en figuras femeninas preestablecidas, transplantándola a la gratuidad de la diversión” Duby (1994: 314).

15. “El que ejercieran el poder supremo no les impedía ser plenamente mujeres. No tenían en absoluto el afán de imitar o copiar un modelo masculino. En su conducta siguieron siendo esencialmente mujeres, incluso cuando actuaban en el terreno político o militar. No renunciaron a ser objeto de admiración y de amor; más aún, aportaron al seno de su acción una cualidad de atención a las personas y soluciones específicamente femeninas que se les hubieran escapado al señor” (R. Pernoud, 1999: 228). Vid. también M. Wade (1989: 69-130).

“... Fame ne set porter escu
ne ne set de lance ferir;
molt amander, et ancherir,
se puet de panre un boen seignor.
[...] einz que la costume remaingne
qui an cest chastel a esté
plus de .lx. anz a passé.” (Chrétien, 1982: 2098-2106).

En realidad, la literatura nos está mostrando la necesidad de restaurar el equilibrio social de dominación masculina.

Otra actividad que forma parte del tiempo femenino en cuanto que beneficia a la mujer es la adquisición de conocimientos para acceder a un grado superior de realización personal. Como en las sociedades patriarcales la actividad intelectual está ligada al principio de autoridad y responde a unas necesidades sociales, la mujer tendrá un escaso margen de desarrollo en este campo. De hecho, no podemos olvidar que la instrucción de las tareas domésticas constituye la base de la educación femenina en la Edad Media, y que el acceso a la lectura y a la escritura, fomentado por algunos Santos Padres de la Iglesia (San Jerónimo, San Ambrosio...) se dirige a las damas aristocráticas para un mejor cumplimiento de sus deberes religiosos: recordemos las menciones en la literatura medieval de damas leyendo salterios (Cuadra-Graña-Muñoz-Segura: 1994: 33-49). A pesar de todo, las mujeres lograrán servirse de estos útiles instrumentos para su propia promoción personal¹⁶, social (maestras en escuelas públicas y religiosas, realización de tareas financieras y comerciales en la Baja Edad Media, escritoras como Marie de France, poetisas como las *trobairitz*), y también para la creación de proyectos personales y comunitarios (construcción de hospitales, monasterios, conventos, etc.).

Sin embargo, muy pocas mujeres adquieren, además de leer y escribir, conocimientos superiores para formar un pensamiento propio y también sostenerse económicamente. Esto se considera peligroso, por lo que alcanzar este nivel supone para la mujer un largo y espinoso camino lleno de sinsabores y obstáculos. Hay mujeres que practican la medicina y la enseñan, que saben de ciencia o que dejan sentir su pensamiento crítico a través de escritos diversos y de creaciones literarias. Una mujer excepcional que ejemplifica este logro femenino es Christine de Pisan. Christine lee, escribe y estudia adquiriendo - gracias en parte

16. *La Fine amour* y la *courtoisie* que se practica en la cortes señoriales de la Alta Edad Media es enseñada por las damas que se convierten en *maestras* del comportamiento social y amatorio: “La fine amour civilise, elle constitue l’un des rouages essentiels dans le système pédagogique dont la cocur princière est le lieu. Est un exercice nécessaire de la jeunesse, une école. Dans cette école, la femme occupe la place du maître. Elle enseigne d’autant mieux qu’elle soit une épouse et mieux encore l’épouse du maître de la maisonnée, sa dame. Par là même, elle est en position dominante, attendant d’être servie, dispensant ses faveurs, dans une position homologue à celle où est installé le sire, son mari, au centre du réseau des pouvoirs véritables” (Duby, 1990:47).

a la educación paterna- los conocimientos intelectuales reservados en la época a los hombres. Su dominio intelectual le lleva a rivalizar con la escritura masculina (Eustache Deschamps)¹⁷, a debatir en foros donde se polemiza sobre asuntos morales y literarios (Le Debat sur le *Roman de la Rose*) y a defender a la mujer de los ataques misóginos: *Epistre au dieu d'Amours*, *Epistres* sur le “Roman de la Rose” (epístolas dirigidas a los hermanos Col y a Jean de Montreuil dentro del Debate de *La Rose*) y la *Cité des Dames*.

Christine de Pisan, que se auto afirma valiente con su “Moy, Christine”, defiende la igualdad intelectual de la mujer en relación con el hombre¹⁸. Ella sabe que las mujeres tienen buen juicio y poseen una gran capacidad para enseñar y “civilizar” la rudeza masculina; es decir, sirven para algo más que “porter enfans et filler”. Sin embargo, también es consciente de que el principal escollo no es la capacidad de la mujer, que la tiene, sino los enormes obstáculos que se interponen en la vía hacia el conocimiento¹⁹. Para Christine la ignorancia propicia la ingenuidad de las mujeres y facilita que sean engañadas y escarnecidas por los hombres, situación que las convierte en víctimas seculares²⁰. Por todas estas razones defiende contra viento y marea la identidad femenina dentro de un mundo masculino. Su voz rompe el silencio secular de la mujer rechazando el espacio social reducido en el que se la ha encerrado. En este sentido, Christine es una transgresora del modelo establecido y ella lo sabe, de manera que para mantener la autoridad de su palabra ante un público adverso y para protegerse de los riegos de tal subversión sufrirá, sirviéndose de la alegoría, una dolorosa *mutación a hombre*, es decir una virilización, como ella misma confiesa en una obra de carácter autobiográfico, *Le Livre de la Mutation de Fortune*²¹. Sólo así, asumiendo la fuerza y el coraje masculinos puede afirmar su “yo intelectual y creativo” una mujer a finales de la Edad Media.

* * *

El tiempo de la mujer en la Edad Media está configurado en virtud del interés masculino. Ocupar el tiempo de las mujeres, es decir, tener a las mujeres ocu-

17. Christine mantiene con su amigo Eustache Deschamps una correspondencia literaria. El maestro proponía a Christine un tema que ambos desarrollaban sirviéndose del *art de Ditier* (dits, poesía satírica y descriptiva): “Il s’agissait pour tous deux d’offrir à bon escient ou en “bonne étrenne”, ballades, rondeaux, lais et virelais comme des bijoux précieux” (Du Castel: 1972: 40).

18. Christine aborda por primera vez en la *Cité des Dames* un tema que le preocupa sobremanera, la igualdad de los dos sexos, que sólo será posible cuando la mujer alcance el mismo nivel intelectual del hombre. Véase, Pisan, 1975: I.

19. Sobre esto señala Regine Pernoud: “Au cours de ce XIVE siècle, le savoir devient un domaine réservé aux hommes, aux clercs dûment diplômés par l’une ou l’autre des facultés” (1982: 107).

20. Sobre la visión que Christine tiene a cerca de algunos de los problemas que atañen a las mujeres del medioevo véase M^a Jesús Salinero: 2002.

21. “Plus ne me tins en la parece/ De plour, qui croissoit ma destrece./ Fort et hardi cuer me trouvoy, / Dont m’esbahy, mais j’esprouvay / Que vray homme fus devenu” (Pisan, 1959-66: 1357-61).

padas, tiene como objetivo impedirles pensar y desear ser ellas mismas al confundirse y superponerse su tiempo con el tiempo configurado masculinamente; de este modo, su otredad, su derecho a la diferencia desaparece generándose un profundo vacío existencial que afecta a gran parte de la historia de las mujeres²². Por si esto fuera poco, las obras medievales nos ofrecen una imagen femenina elaborada desde la óptica del imaginario masculino lo que conlleva la pérdida o distorsión de su verdadera identidad. A pesar de todo ello, la literatura cortés –más idílica y configurada en el equilibrio de la relación de pareja– da una mayor representación y libertad a la mujer situándola en una posición de privilegio. Los escritores cortesanos reivindican para la mujer un puesto en el mundo masculino y proponen a través de la ficción modelos femeninos basados en una mayor libertad social y sexual. Sin embargo, como bien señala Ruiz Doménech, la situación real²³ choca frontalmente con la ficción lastrando gravemente esta tentativa de renovación social. En cualquier caso, se percibe un cierto despertar de la conciencia ya sea real o puro artificio –como sostiene Duby–, una cierta sensibilidad en relación con el tema de la mujer (*imago del anima*), lo que explicaría la proliferación de relatos y novelas basadas en la búsqueda de la dama y de lo femenino (amor, emotividad, etc.) como medio de restaurar la armonía personal y social en una sociedad, la feudal, en la que la mujer poco o nada cuenta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUCASSIN ET NICOLETTE (1982). Mario Roques (ed.). Paris: H. Champion (col. “C. F. M. A.”).
- BRUYNE, E. DE (1963): *Historia de la Estética*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, t. II.
- CHRÉTIEN DE TROYES (1975-a): *Cligès*. A. Micha (ed.). Paris: Honoré Champion (col. “C. F. M. A.”).

22. “Un objetivo político de este modo de educarlas es que, sin tiempo suyo, ellas carezcan de existencia separada y, en consecuencia, de existencia en la historia, inexistencias que a a las historiadoras de hoy nos producen frustración, mudez y falta de autoridad política y simbólica” (Milagros Rivera, 1994: 114).

23. “La elaboración de una nueva dimensión para la mujer está dominada por dos graves preocupaciones. La primera de ellas descansa en su terrible condición en el espacio doméstico. Pieza fundamental de las estrategias matrimoniales, objeto crucial en la generosidad de los *seniores*, la mujer permanece doblegada, humillada en el interior de las casas aristocráticas, silenciada en sus necesidades, ajena a las intenciones de la política familiar que en muchas ocasiones la envían a formar parte de un linaje inferior o a contraer matrimonio con alguno de los “criados”, los abnegados servidores del *dominus* de la casa. La segunda preocupación se centra en el papel jugado por la mujer en las disputas doctrinales de los clérigos y obispos [...]” (Ruiz Doménech, 1986: 24).

- CHRÉTIEN DE TROYES (1975-b): *Le chevalier de la charrette*. M. Roques (ed.). Paris: Honoré Champion (col. “C. F. M. A.”).
- CHRÉTIEN DE TROYES (1978): *Erec et Enide*. M. Roques (ed.). Paris: Honoré Champion (col. “C. F. M. A.”).
- CHRÉTIEN DE TROYES (1979): *Le conte du Graal*. F. Lecoy (ed.). Paris: Honoré Champion (col. “C. F. M. A.”).
- CHRÉTIEN DE TROYES (1982): *Le chevalier au lion (Yvain)* M. Roques (ed.). Paris: Honoré Champion (col. “C. F. M. A.”).
- CUADRA-GRAÑA- MUÑOZ- SEGURA (1994): “Notas a la educación de las mujeres en la Edad Media” en *Las sabias mujeres: Educación, saber y autoría (siglos III-XVII)*. M^a del Mar Grana Cid (ed.). Madrid: Al-Mudayna, 33-49.
- DUBY, G. (1964): “Les jeunes dans la société aristocratique de la France du Nord-Ouest au XIIIe siècle”. *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations* 19 (5), sept.-oct., 835-846.
- DUBY, G. (1988): *Mâle Moyen-Âge. De l' amour et autres essais*. Paris: Flammarion “Champs”.
- DUBY, G. (1994): “El modelo cortés” en *Historia de las Mujeres*. G. Duby y M. Perrot (dirs.). Madrid: Taurus t. II, 301-319.
- DU CASTEL, F. (1972): *Damoiselle Christine de Pizan, Veuve de Me Etienne de Castel 1364-1431*. Paris: Ed. Picard.
- L'HERMITTE-LECLERCQ, P. (1994): “Las mujeres en el orden feudal (siglos XI-XII)” en *Historia de las Mujeres*. G. Duby y M. Perrot (dir.). Madrid: Taurus, t. II, 247-299.
- LORCIN, M.T. (1985): “Humeurs, bains et tisanes dans la médecine médiévale” en *L'eau au Moyen Âge. Sénefiance*, 15, pp. 259-273.
- PERNOUD, R. (1982): *Christine de Pisan*. Paris: Calmann-Lévy.
- PERNOUD, R. (1999): *La mujer en el tiempo de las catedrales*. Barcelona: Ed. Andrés Cabello.
- PISAN, C. (1959-66a): *Le Livre de la Mutation de Fortune*. Paris: Picard.
- PISAN, C. (1959-66b): *Livre de Trois Vertus*. Paris: Honoré Champion.
- PISAN, C. (1975): *Le Livre de la Cité des Dames*. Maureen Cheney Curnow (ed.). Michigan: Ann Arbor.
- RENAUT DE BEAUJEU (1983): *Le Beau Inconnu*. G. Perrie Williams (ed.). Paris: H. Champion (col. “C. F. M. A.”).
- RIVERA, M. (1994): “La educación en los tiempos de la vida femenina. *Le Livre de Trois Vertus* de Christine de Pizan y *Castigos e Dotrinas que un sabio daua a sus hijas*. *Las sabias mujeres: Educación, saber y autoría (siglos III-XVII)*. M^a del Mar Grana Cid (ed.). Madrid: Al-Mudayna, 107-116.

- RUIZ DOMENÉC, J. E. (1986): *La mujer que mira*. Crónicas de la cultura cortés. Barcelona: Quaderns Crema.
- SALINERO, M. J. (2002): “Sátira masculina, ironía femenina. Dos modelos opuestos de crítica en la Edad Media en Francia” en *Estudios de Literatura Comparada*. León: Universidad de León. Secretariado de Publicaciones, 409-420.
- WADE, M. (1989): *La mujer en la Edad Media*. Madrid: Ed. Nerea.